

Por último, la admirable prediccion de Daniel señalando el tiempo preciso al cumplimiento de las setenta semanas de años habiéndose verificado, el Santo de los Santos fué ungido, el Cristo nació, padeció y fué muerto, la ciudad fué asolada, el templo destruido, los sacrificios fuéron abrogados, las ceremonias de la antigua Ley cesáron, el pecado fatal fué borrado, el hombre reconciliado á su Dios, la puerta de la gloria abierta, y todas las promesas de la redencion fuéron cumplidas, como se verá en la segunda parte de este compendio.

CAPITULO CUARTO.

EL JUSTO JOB.

JOB.

La Santa Escritura nos presenta un ejemplo admirable de integridad y resignacion á la voluntad de Dios en la historia del paciente Job, para enseñarnos á poner toda nuestra confianza en el Señor, en la vicisitud de la vida humana y cosas de este mundo. No se sabe el tiempo preciso en que vivía Job ni quien escribió su libro; pero como se supone haber existido este personage ántes que Moises recibiera la ley del Señor, se debe concluir que era nieto de Esau, y que vivía durante la esclavitud de los descendientes de Jacob en Egipto. Job moraba en la provincia de Hus, situada entre la tierra de Canaan y el reino de los Cal-

deos; estaba dotado de una sencillez y rectitud de corazón admirable, era temeroso de Dios y enemigo de todo lo malo. Este hombre era muy rico en su país, pues solo en ganado tenia siete mil ovejas, tres mil camellos, mil bueyes, y quinientos asnos: animales todos de mucha utilidad y valor en aquellas regiones, y en unos tiempos en que el lujo presentaba pocos objetos mas al deseo. Siete hijos y tres hijas aumentaban su felicidad, y Job no tenia mayor contento que el de instruir á su familia en las obligaciones que debían á Dios, y exhortarlos á la caridad y union entre ellos, ofreciendo diariamente holocaustos al Señor por la santidad y prosperidad de cada uno de su casa. Una virtud tan excelsa llenó de zelos al enemigo comun de los hombres, y queriendo privarle de la felicidad que gozaba, pidió al Altísimo permiso para tentarle, animado con la esperanza de reducir al justo varon á desesperacion. El Señor que conocia la sincera virtud de su siervo, que le amaba y le temia, que vivía separado de todo mal, y que no habia hombre semejante á él en la tierra, permitió al espíritu tentador afligir á Job, pero con espresa prohibicion de tocarle á su persona.

El envidioso Satanás apeló á toda su malicia para salir con su intento, y preparó cuatro mensajeros para que sucesivamente le anunciaran la pérdida de todo cuanto poseía. Complacido Job en su feliz estado, consideraba las riquezas con que el Señor le habia favorecido, y se alegraba con saber que todos sus hijos estaban en casa del primogénito, comiendo y

divirtiéndose en union fraternal, amor é inocente regocijo, cuando llegó un mensajero muy asustado, y le dijo : Señor, los bueyes estaban arando y la burrada paciando allí junto ; los Sabeos acometiéron á este tiempo, matáron los peones y se llevaron todo ; yo solo escapé para comunicarte la desgracia. Apénas habia hablado este, cuando llegó otro infausto mensajero diciendo : Señor, fuego de Dios cayó del cielo, abrasó á tus pastores y consumió á las ovejas ; yo solo escapé para comunicarte esta desgracia. Aun no habia oido Job la pérdida de su rebaño, cuando acercándose otro mozo muy fatigado, le dijo : Señor, tres cuadrillas de Caldeos se echáron de improviso sobre los camellos, matáron á tus siervos y se llevaron todo ; yo solo me escapé para comunicarte esta desgracia. A este mismo tiempo entró un criado llorando, y le dijo : Señor, un huracan deshecho estremeció la casa en que estaban tus hijos y tus hijas, y desplomándose en un momento, los ha sepultado á todos bajo sus ruinas ; yo estaba fuera por casualidad y vengo á comunicarte esta desgracia. El virtuoso Job, no aguardando ya mas desgracias, se postró en tierra, adoró á su Dios y dijo : Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á la sepultura ; el Señor lo dió, el Señor lo quitó ; hágase en todo su divina voluntad ; bendito sea el nombre del Señor.

Satanas quedó confundido al ver, que en lugar de desesperar á Job, habia confirmado mas su admirable paciencia ; y alucinado en su ira, imaginó que seria insensible á todo ménos en su persona : en esta

persuasion pidió de nuevo licencia al Señor para afligirle en su cuerpo, y Dios se la concedió, con tal que no peligrase su vida. Con este permiso, Satanás le hirió el cútis y produjo una úlcera viva, que se estendia desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza ; mas el paciente Job, sin murmurar, se retiró á un muladar, y sentado allí bendecia al Señor, y con un tiesto se raia el humor acre, que le corroia las carnes. Aquí se veia el justo varon, perdida su hacienda, privado de sus hijos, y cubierto de llagas ; nada habia dejado Satanás al afligido Job, sino la muger, y esta fué para su mayor tormento. El enemigo le habia tentado con la destruccion de todo lo que poseia y de todo lo que mas amaba, pero no le habia tocado á su carácter ni á su virtud ; esta especie de provocacion estaba reservada para su muger : esta visitó al afligido marido en el muladar para tratarle de estúpido y de necio ; la virtud de su admirable resignacion es insultada por la muger con un sarcasmo impio : « Bendice á Dios, dice al abatido esposo con una ironia blasfema, bendice á Dios, y muérete. » El santo Job sufrió con paciencia aquel tiro de la lengua mordaz de su muger, y solo le respondió : Tú hablas como quien eres : ¿ si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, porqué no recibirémos los males ?

En seguida viniéron Elifaz, Baldad y Sofar, tres amigos de Job para consolarle : esta seria la buena intencion de su visita, pero en realidad no fué sino para ejercitar mas su paciencia ; primero con un silencio enfadoso, y despues con la indiscrecion de sus

reflexiones. Abandonado á la amargura de su situacion, exclamó: Perezca el dia en que nací, y la noche en que fuí concebido: ¿porqué no morí en el vientre de mi madre, ó luego que ví la luz no perecí? pues durmiendo ahora estaria en silencio, y en mi sueño reposaria. Job en todo esto no ofendia á Dios con sus labios; estas quejas mostraban solo, que no era insensible, que su corazon no era de mármol, ni sus carnes de bronce; clamaba, es verdad, pero no hablaba cosas necias contra el Señor.

Elifaz, uno de los tres amigos presentes, tomó las quejas de Job como hijas de la impaciencia, y quiso persuadir al justo varon, que Dios le castigaba por sus pecados. ¿En dónde está tu temor, decia á Job, en donde está tu fortaleza, tu paciencia y la perfeccion de tus caminos? recapacita, te ruego, ¿qué inocente pereció jamas? ó cuando fuéron destruidos los justos? bienaventurado es el hombre á quien Dios corrige, no desprecies pues la correccion del Señor. Tal era el consuelo que este impertinente hablador daba al afligido amigo: insultarle en su sufrimiento, y ponerle en la necesidad de tener que defenderse contra sus insidiosas razones; pero la virtud de Job era magnánima, y cierto en su inocencia, respondió: Ojalá se pesasen en una balanza mis pecados, por los que ha caído sobre mi la ira de Dios en esta calamidad que padezco, y entónces se vería que esta es mas pesada; por lo que mis palabras están llenas de dolor, sintiendo que la indignacion del Señor apura mi espíritu. Las cosas que ántes no queria tocar son ahora mi ali-

mento; yo por mi no puedo valerme; mis deudos se han retirado de mí; y vosotros que ahora me mirais, teneis asco de mis llagas. ¿Porqué habeis interpretado mal mis quejas, siendo así que ninguno de vosotros puede reprenderme? y solo componeis discursos para censurarme? Examinad imparcialmente, comparad mis palabras con mi situacion, y no hallaréis iniquidad en mi lengua, ni os parecerá necidades lo que sale de mi boca. Job miró entónces al cielo, y exclamó: ¿Qué cosa es el hombre, Señor, para que tú le engrandezcas? ó porqué pones sobre él tu corazon? Le visitas de madrugada y de repente le pruebas: ¿hasta cuándo no me perdonas ni me dejas tragar saliva? Pequé, ¿qué haré contigo, o Guardador de los hombres? porqué te has declarado contra mí, y me has hecho insufrible á mí mismo? porqué no quitas mi pecado, y porqué no retiras mi iniquidad? he aquí que yo voy ahora á dormir en el polvo, y si me buscas mañana, no subsistiré.

Movido Job despues por las razones de Sofar, entra á discutir el delicado punto de la prosperidad aparente de los impios, y dice: Aun yo mismo, cuando lo recapacito, me asombro y se estremece mi carne: ¿A qué fin pues viven los impios, son ensalzados, y abundan en riquezas? sus hijos se conservan y multiplican á su vista; sus casas están sin temor y en paz; su hacienda crece, y su corazon se alegra con la armonía de la música. Mas ellos pasan sus dias en bienes, y en un momento descienden á los infiernos: porque para el dia de la perdicion está re-

servado el malo, y será conducido al día del furor. Si el impio ve multiplicar á sus hijos, estos, por la culpa del padre, serán entregados á la espada, y sus nietos perecerán de hambre; los que quedaren de él serán enterrados en su ruina, y sus viudas no llorarán; si amontona oro, plata y vestidos, no los disfrutará; el justo se vestirá de ellos, y el inocente repartirá la plata.

Baldad acusó tambien al abatido Job de impaciente, y queria convencerle, que la miseria en que se hallaba era castigo de sus pecados. Job les reconviene su indiscrecion en repetir tantas impertinencias y discursos frívolos, haciéndose consoladores muy gravosos. ¿Hasta cuándo, les dice, angustiaréis mi alma, y me moleréis con vuestras acusaciones? diez veces me habeis querido confundir, y no os avergonzais de oprimirme. Sea enhorabuena que yo haya errado, mi yerro quedará conmigo; mas vosotros os levantaiis contra mí, y me dais en cara con mis oprobios. Entended siquiera por esta vez, que Dios me ha castigado con demasiado rigor. Yo, aquel opulento en otro tiempo, de repente he sido desmenuzado; he sufrido sin haber ofendido con mis manos, y cuando los ruegos que ofrecia á mi Dios eran puros. ¡O si yo pudiera llegar hasta su trono, esponer ante él mi causa y presentar mi queja! mas él sabe mis caminos, y me ha acrisolado como el oro que pasa por el fuego. Mis pies siguiéron siempre sus pisadas, yo guardé sus caminos y no me desvié de él; libraba al pobre que gritaba, y al huérfano que no tenia quien le ayudase;

la bendicion del que iba á morir venia sobre mí, y consolaba el corazon de la viuda en su afliccion: ojo fui para el ciego, y pie para el cojo; padre era de los pobres, y me informaba con la mayor diligencia de la causa que no entendia.

Péseme Dios en balanza justa, y conozca mi sencillez, ó castigue mi iniquidad. Si anduve en vanidad, si mi pie buscaba engaños, si mis pasos se desviaron del camino, si mi corazon siguió á mis ojos, y si manché mis manos en injusticia, perezca mi linage sobre la tierra. Si mi corazon fué seducido á causa de muger, ó puse acechanzas al honor de mi amigo, castigue Dios en mi este crimen enorme y esta grande iniquidad. Si desdeñé escuchar la justicia de mi siervo ó de mi sierva cuando se quejaban de mí, júzgueme el Señor con rigor. Si negué á los pobres la limosna que me pedian, ó hice esperar á la viuda en su afliccion; si comí solo mi bocado y no comió el huérfano de él; si desprecié al que iba á perecer porque no tenia que vestirse; si el pobre que estaba sin cubierta no se abrigó con los vellones de mis ovejas, ó si alzé mi mano contra el huérfano, descoyúntense mis hombros y caigan al suelo. Si puse mi alegría en mis riquezas ó mi confianza en el oro; si me holgué de la ruina de aquel que me aborrecia, y me regocijé del mal que le vino; si encubrí mi pecado, y oculté en el seno mi iniquidad, júzgueme entónces el Omnipotente con toda severidad.

Mas ¿qué haré ahora? Si hablare, no reposará mi dolor; y si callare, no se apartará de mí. El furor de

Dios se ha encendido contra mí, y me ha tratado como á enémigo suyo. Me ha despojado de mi gloria, y me ha quitado la corona de mi cabeza: me destruyó por todos lados, y perezco como un árbol desarraigado; los salteadores viniéron mancomunados, y me robáron mi hacienda; los vientos se conjuráron, y me priváron de mis hijos; mi muger tuvo asco de mí, y me ha dejado; mis hermanos se han alejado de mí, y mis conocidos como estraños se han apartado; mis parientes me han abandonado, y se han olvidado de mí los que me conocian; mis siervos y mis siervas me han tratado como á estraño, y soy como forastero en mi propia casa; llamo á mis criados y no me responden; me han desamparado los que en otro tiempo eran mis consejeros; y aquel á quien mas amaba me ha vuelto sus espaldas; aun los insensatos me desprecian, y se apartan hablando mal de mí; mi rostro se ha hinchado con el llanto, y las pupilas de mis ojos se han oscurecido; consumidas mis carnes, se han pegado mis huesos á la piel, y solo me han quedado los labios al rededor de mis dientes; el dolor me ha oprimido, y todos mis miembros han sido reducidos á nada. Todo esto he sufrido sin maldad de mis manos, cuando ofrecia á Dios mis ruegos sinceros; y ved aquí que pasan mis cortos años, y ando por un sendero por el que no volveré. Pero yo sé que vive mi Redentór, y que en el último dia he de resucitar de la tierra; y seré de nuevo rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mis-

mo, y mis ojos le han de mirar; esta es la esperanza que está depositada en mi pecho.

Todo esto dijo el virtuoso Job con la sinceridad de un inocente que abre su corazon, y los tres importunos consejeros cesáron de censurarle: pero Eliú, un jóven presuntuoso que estaba presente, tomó ahora la palabra, airado contra Job por lo que habia dicho, é indignado con los otros tres porque no le habian respondido. Soy jóven, dijo, y vosotros ancianos, por lo cual temia declarar mi dictámen. Ahora veo que no son siempre sabios los de mucha edad, y que no entienden siempre lo que es justo. He escuchado en silencio miéntras vosotros hablabais, y viendoos ahora intimidados, y sin saber que responder á Job, permítaseme hablar tambien, y responderé como supiere.

Oye pues Job mis palabras, y escucha mis razones. Yo te he oido decir: Limpio soy yo, sin mancilla, y no hay en mi iniquidad; soy justo delante de Dios; ha buscado achaques contra mí, y me ha tenido por enemigo suyo; ha puesto mis pies en un cepo, y ha espiado todas mis acciones. Estas han sido tus palabras, y en esto no has sido justo, porque Dios es mayor que el hombre: ¿te atreves tú á disputar con Dios porque no te ha dado cuenta de todas sus acciones? Job, tu no has hablado sino disparates; todas tus palabras han sido necedades, y en todas tus razones suena muy mala doctrina. Dios mio! sea probado Job hasta el fin; no dejes de atormentar á un hombre tan inicuo; porque sobre sus pecados añade blasfe-

mia; nosotros entre tanto le estrecharémos, y apele despues al juicio de Dios en sus discursos. Despues de este decente preludio, el insolente pedante estuvo por largo tiempo acriminando al justo Job, porque se habia quejado en la amargura de su miseria, y porque se consolaba con la memoria de sus buenas obras. Tan erradamente habia entendido este charlatan las razones de Job, y con tanta arrogancia le reprendia, que Dios mismo se dignó aparecer, y tomar la defensa de su inocente y ultrajado siervo. Del medio de un torbellino salió la voz del Señor que decia: « Quién es ese hablador que envuelve sentencias tan inconsideradamente? A la voz del Señor, se calló Eliú, y Job tuvo miedo del Señor, quien le reprendió por haberse quejado y argüido á Dios en sus aflicciones. : Adónde estabas tú, le dijo el Señor desde el torbellino, cuando yo fundé la tierra, y reduje el mar á sus límites? ¿ Por ventura has considerado la estension de la tierra y la profundidad del mar? sabes tú por qué camino se esparce la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas? sabias tú que habias de nacer? ó tenias noticia del número de tus dias? acaso entiendes tú el órden de los astros, y puedes dirigir su marcha desde la tierra? por ventura el que disputa con Dios tan fácilmente se aquieta? el que arguye á Dios debe responderle. Job respondió humildemente: Yo que he hablado con ligereza, qué puedo responder? pondré la mano sobre mi boca; he hablado una vez, y ojalá no hubiese dicho cosa alguna; he hablado otra vez, y no abriré mi boca mas. El Señor continuó hablando á Job: ¿ Por

ventura harás tú vano mi juicio, y me condenarás á mí para justificarte á tí? tienes tú un brazo como Dios, y truenas tu voz como la suya? Revístete de resplandor, levántate en alto, circúndate de gloria, disipa á los soberbios con tu furor, y con una sola mirada abate á los altaneros; cuando hagas tú eso, yo confesaré que podrá salvarte tu derecha. Job respondió al Señor: Sé que todo lo puedes hacer, y que ningun pensamiento te se esconde. Señor, yo solo te conocia de oidas, mas ahora te veo con mis ojos. Por esto me arrepiento de haber hablado tan vanamente, y hago penitencia cubierto de polvo y ceniza.

Despues que el Señor habló á Job, y que este se humilló en la divina presencia, dijo á Elifaz: Mi furor se ha airado contra tí y contra tus compañeros, porque no habeis hablado delante de mí lo recto como mi siervo Job. Por tanto, tomad siete toros y siete carneros, é id á mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros. Yo escucharé la oracion de Job por vosotros, y os perdonaré esta necedad; porque no habeis hablado de mi con rectitud como ha hecho mi siervo Job. Así se dignó Dios al fin justificar la inocencia de su siervo, y condenar la charlatanería de sus importunos amigos, cuyas necedades no quiso Dios perdonar, sino por la intercesion de aquel mismo á quien tanto habian afligido con sus injustas acusaciones. El Señor sanó á Job y le bendijo, dándole otros siete hijos y otras tres hijas que fuéron las mugeres mas hermosas que jamas se viéron en aquella tierra, y doble número de ganado; catorce mil ove-

jas, seis mil camellos, dos mil bueyes, y mil asnos: viviendo despues de sus desgracias ciento y cuarenta años, y muriendo muy viejo entre sus hijos y los hijos de sus hijos hasta la cuarta generacion.

CAPITULO QUINTO.

EL VIRTUOSO TOBIAS.

TOBIAS.

El santo varon Tobias de la tribu y ciudad de Nef-tali, fué uno de los cautivos Israelitas que Salmana-sar hizo conducir á su reino de Asiria, cuando aniquiló el reino de Israel, y aprisionó á su último Rey Osé. Tobias habia dado pruebas de su fidelidad á Dios, y amor á sus prójimos desde su infancia. Mién-tras los demas iban á hacer holocaustos á los becerros de oro que habia introducido Jeroboan, Tobias iba á Jerusalem, y adoraba á su Dios en el santo Templo, ofreciendo fielmente sus primicias y sus diezmos: y en su cautiverio continuó siempre fiel al Señor; distribuyendo entre sus pobres hermanos cautivos cuanto tenia. Una virtud, tanto mas pura quanto era mas oculta, llegó sin embargo á noticia del Rey Salmana-sar, y admirado de la caridad del cautivo, le dió bienes para ejercerla, y permiso para que se estableciera con su familia donde quisiese, con todos los privilegios de un Asirio. Con dineros á su disposicion, Tobias era un hombre feliz en el cautiverio: acomodar

enemistades, socorrer al necesitado, vestir al desnudo, consolar al afligido, visitar al enfermo, y enterrar los muertos, era el ejercicio diario de Tobias; y por la noche, ántes de reposar, formaba la lista de sus caridades para el dia siguiente, y computaba los medios necesarios para efectuarlas. La caridad para los difuntos era la virtud mas sobresaliente en Tobias: sentado á la mesa un dia, fué informado que el cadáver de un Israelita que habian degollado estaba insepulto en la plaza; el piadoso varon dejó la comida, fué y trajo el cadáver sobre sus hombros, para enterrarle secretamente en la oscuridad de la noche.

Con el salvoconducto de Salmanasar solia salir de Ninive para visitar otras ciudades del imperio donde habia cautivos, y socorrer á los mas desvalidos. Hallándose en Rages, encontró á Gabelo su compatriota en grande necesidad, vendió varias alhajas que le habia regalado el Rey, y le prestó una suma de dinero, quizas mas de lo que dictaba la prudencia, pero la generosidad de Tobias no tenia límites: recibió el pagaré de Gabelo, y se volvió contento á su casa. En este tiempo murió Salmanasar y reinó su hijo Sennaquerib: este fué á hacer la guerra á Judea, su general Rabsaces puso sitio á Jerusalem, insultó al Rey Ezequias y blasfemó al Señor, por lo que murieron ciento ochenta mil soldados por la espada del Angel de Dios. Como Sennaquerib se volviese á Ninive irritado contra Judea, mandaba matar Israelitas cautivos por la mas mínima causa; y sabiendo que el virtuoso Tobias les daba sepultura, se ofendió aquel desapiadado Rey de